

peratrices, sus hijos, sus nietos, sus ministros, su corte, su capital casi entera lo seguian. El invierno, tardío en Tartaria, helaba aun las estepas cubiertas con una capa de nieve. El conquistador, sabiendo por sus geógrafos cuan inmenso era el espacio que tenia que atravesar ántes de pisar las fronteras de las estepas, no quiso aguardar á la primavera. Millares de hombres y animales perecieron en los primeros dias en el desierto, y fueron reemplazados por otros, como viles materiales de una grandeza que no contaba los hombres sino los resultados. La narracion de los historiadores de Timur, al comenzar esta emigracion de los tártaros hácia la China, no tiene mas analogía en la historia moderna que la retirada de los ejércitos de Napoleon á través de los hielos de Rusia, despues de la desastrosa campaña de Moscú. El furor del zelo religioso y de la ambicion personal en estos dos hombres llegan, en dos partes opuestas del globo, á derramar de la misma manera la sangre humana.

« Las aves de rapiña, dicen los historiadores de las « dos campañas, no podian despedazar tantos cada-
« veres como el ejército dejaba cada noche en los « campamentos. »

XXIII

Pero el arsenal de hombres de Timur era inagotable, como las tiendas de sus tártaros. La primavera derritió por fin la nieve, descubrió los pastos, desató los manantiales y dejó correr las aguas de los rios marcados por los geógrafos. Timur llegó, siempre con dos millones de hombres, á Otrar, ciudad central de la Tartaria, entre el rio Sihon y el rio Gihon. Envió un destacamento de caballería, para que examinara si el ejército podia atravesar sobre el hielo aquel profundo rio, ó construir puentes. Volvieron los ginetes y dijeron que habia á las márgenes del rio tres codos de nieve, y que el ejército pereceria allí inevitablemente. Timur se vió obligado á esperar en Otrar, que avanzara mas el buen tiempo. Ya se hallaba á veinte jornadas de Samarcanda.

El incendio que habia llevado á todas partes pareció que lo perseguía al fondo mismo de aquellos desiertos. El palacio que habitaba en Otrar con su familia y su córte ardió en una noche y devoró parte

de sus riquezas. Como Moscú en este siglo, Otrar evitaba por medio de las llamas la esclavitud. La muchedumbre que seguía al ejército se moría de frío y de hambre. Timur quería enviar á sus emperatrices y sus hijos á Samarcanda, pero ellas no quisieron abandonarlo en su vejez y en su peligro. Apoderóse de él una fiebre angustiosa, cuyo delirio le causaba sueños que se reputaron divinos. Las huris, sombras de las mujeres que había amado con pasión durante su juventud, se le aparecían y le ordenaban que se arrepintiera de sus extravíos antes de presentarse en el tribunal de Dios. Humillóse ante el juicio á que iba á sujetarse. En vano Tebrizi, el médico más famoso del Asia, que lo acompañaba á todas sus campañas, le prodigó los recursos de su ciencia; sintió que se acercaba su última hora, y contempló la muerte desde su lecho con tanta intrepidez como la había contemplado en el campo de batalla. Reunió al rededor suyo á sus mujeres, sus hijos, sus nietos, sus ministros, sus emires, dictó su testamento, en el que cada legado era un imperio, y edificó con su discurso digno de un sabio á los que había esclavizado por espacio de sesenta años.

« Conozco con evidencia, dijo con voz firme, que
« mi alma quiere abandonar este cuerpo viejo y fatigado; ella va á habitar una mansión mejor á la

« sombra del trono eterno de Dios; no lloreis ni gí-
« mais; las lágrimas y los lamentos no han torcido
« la voluntad de Dios; en vez de destrozar vuestros
« vestidos, de golpearos el seno y arrancaros vuestros
« cabellos, pedid al cielo con fervor que perdone
« mis culpas y los excesos de mi larga vida. Yo he
« logrado dotar el Iran con tal justicia y tal orden,
« que nadie puede oprimir á su prójimo, y los fuertes
« tienen que respetar á los débiles. Aunque co-
« nozca la inestabilidad del imperio, añadió dirigién-
« dose á Djehanghyr y á los demás herederos suyos,
« sin embargo no os aconsejo que despreciéis ni ab-
« diqueis el poder que os lego, porque esto produci-
« ría desórdenes en los reinos, y alteraría la seguri-
« dad pública, que es el mayor bien de que pueden
« disfrutar los hombres. Dios, en el día del juicio,
« nos pedirá cuenta del mandato que nos ha impuesto
« al nacer. »

En seguida nombró á Pir-Mohammed Djehanghyr heredero del mundo asiático y soberano de Samarcanda, y mandó á todos los emires que le prestaran en su presencia juramento de fidelidad. Lloró después, no porque dejaba el mundo, sino porque no podía abrazar otra vez á su hijo Schah-Rokh que gobernaba entonces el Iran en su nombre; luego dijo á los emires: « Id, esta es la última audiencia que os

« doy en la tierra; yo voy á comparecer en la presencia de Alá. »

Sus mujeres y sus hijos que oyeron sus supremas palabras desde el fondo de la tienda en que sollozaban detrás de la cortina, se precipitaron dentro derramando abundante llanto, y rodearon á su lecho. Él los consoló y les dió consejos secretos para que conservaran la armonía entre sus numerosos hijos, á quienes destruirian sus disensiones intestinas. Luego, repitiendo por la vez postrera sus palabras favoritas, que encerraban en la resignacion á la voluntad del único Señor toda la sabiduría humana: « De Dios somos, dijo, y á Dios volvemos, » y espiró.

XXIV

Sin alma y sin jefe, el ejército tártaro volvió á Samarcanda despues de su muerte. Aquel imperio de la victoria, que tenia por centro la vida, y por lazo de union la mano de un grande hombre, cayó muy pronto hecho pedazos. Solo el nombre de Timur sobrevivió como el mayor entre los destructores de imperios que hayan llevado la guerra á todas partes,

sin exceptuar á Alejandro, ni Gengis-Kan, á César, ni á Napoleon. Pero Timur, á través de la oscuridad que encubre sus designios y el polvo que sale de sus demoliciones, no parece que ha recorrido la tierra, segun lo representan los historiadores occidentales, como un bárbaro ebrio y sanguinario, no tratando mas que engrandecer su nombre á costa de la esclavitud de su patria y la ruina de los reinos. Todo indica, cuando se estudian con atencion su carácter, sus actos, sus palabras, sus instituciones, que tenia un fin religioso y civilizador respecto de los tártaros y del Oriente, y que habia adquirido en sus conquistas tanta gloria como sabiduría. Mahoma fué el revelador, Timur el conquistador del deísmo. Perseguidor de la idolatría, apóstol armado, llevaba la muerte adonde iba, pero llevaba tambien una idea grande. El Coran le habia parecido entre todos los libros sagrados del Asia, el que mejor minaba muchas supersticiones, y el mas racional en la concepcion y en el culto del Criador. Se habia hecho soldado, pero soldado independiente y filosófico del Coran. Reconocia y admiraba en el cristianismo primitivo una de las fuentes puras del Coran. Si la muerte no lo hubiera sorprendido en el camino de la China, y hubiese conocido las doctrinas espiritualistas de Confucio, es probable que Timur hubiese fundido en una sola re-

ligion permanente filosófica para sus imperios, los tres cultos que concurrían á constituir su dogma, su moral y su civilizacion. Alejandro no tenia mas pensamiento que el asombrar á la posteridad; César codiciaba el imperio, Gengis el espacio, Napoleon la gloria; Timur, como Carlo Magno, tenia además el estímulo de la religion; para ser el Carlo Magno de los tártaros solo le faltó tiempo, pero la providencia maldice esos diluvios de sangre humana, cualquiera que sea el móvil que impulse á esos azotes de la tierra á derramarla; y nada germina en esos rios de sangre mas que esos nombres estériles que engrandecen á un hombre afligiendo y anonadando á la humanidad. Así apareció y desapareció Timur, el hermano de raza, pero el Cain de los otomanos. Volvamos á ellos.

LIBRO NOVENO

I

En el momento en que huía Bajazet, despues de hacer heroicidades, del campo de batalla de Ancyra ó de Angora, donde habia perecido su fortuna, hemos visto que sus cuatro hijos, última esperanza de su sangre, huían como él entre las sombras de la noche para librarse del hierro ó de los calabozos de los tártaros. Uno de sus hijos, Muza, habia sido cogido y llevado con su padre al campamento de Timur; el primogénito, Soliman, pasaba las montañas de la pe-